

Repensar la política –*la otra forma de hacer política**

Raúl Páramo-Ortega

En nuestro país la forma tradicional de hacer política, ha consistido en el cuestionable *comercio de la falsificación de los procedimientos democráticos*. No sólo se falsifican todos y cada uno de los procedimientos, sino que se comercia con dicha falsificación. Como si esto fuera poco quieren considerar todo esto como normal.

En México la política en el sentido tradicional, está permeada por un pragmatismo elevado a la categoría de virtud. Incluso se llega a entender como sinónimo, aunque esto no necesariamente en forma explícita.¹ Según esto, el político que no es pragmático no es político en absoluto. El pragmatismo, lo útil como valor central, es tal en cuando acrecienta el poder, y el brinco del poder político al poder económico, al enriquecimiento ilimitado es –en el capitalismo salvaje de corte neoliberal– el paso lógico. En el pragmatismo el valor supremo es el éxito. Se caracteriza también por el poco aprecio ha reflexiones teóricas que exijan coherencia o compromiso. Obviamente esto es una *degradación* de la política: una verdadera *cultura de la mentira*. Todo esto nos lo quieren hacer pasar como “normal”. Transcurre por vías inconscientes y armoniza perfectamente con una ausencia de sentido histórico (Lukács). Lo único que importa es el aquí y el ahora, sin entender que sin pasado histórico, no hay ningún ahora.

La otra forma de hacer política es, en cierto modo, lo opuesto al pragmatismo y tiene un fuerte sentido histórico. No es el pragmatismo, sino la *praxis* que lo caracteriza. La *praxis* respeta la realidad real para interactuar dialécticamente con ella. La *praxis* es eminentemente histórica y abarca el conjunto de actividades productivas, experimentales políticas y materiales dadas, emprendidas *para modificar la realidad* que se nos presenta. O como diría Marx, *para transformar el Mundo*. La *praxis* instaure también una transformación del sujeto. La *praxis* aprende de la realidad, aprende a leerla sin sacrificar todo a los efectos inmediatos y ayunos de cualquier ética. Ésta –la valoración ética– debería ser intrínseca a cualquier práctica colectiva.

Para el zapatismo (Cf. Subcomandante Marcos 2003), la *praxis*, es la *metateoría*, es decir, la *reflexión teórica sobre la teoría constituye su praxis*. *La otra forma de hacer política* no tiene la prisa de quien ignora que los procesos sociales llevan otro ritmo. El pragmatismo, obsesionado por la utilidad inmediata, regresa a formas de pensamiento que tiran por la borda las

* Una versión previa de este artículo fue publicado en *Los movimientos sociales y el poder – La otra campaña y la coyuntura política mexicana*, Guadalajara, Brigada Callejera/Cuadernos de la resistencia/Taller Editorial la Casa del mago, 2007.

¹ No nos extrañemos que algunos teóricos del nacionalsocialismo (y también Musolini) acogieran con entusiasmo el pragmatismo norteamericanos de los inicios. Los fascismos tienen lógicamente simpatías más o menos confesadas con el espíritu pragmático. Sin embargo, el Pragmatismo es un fenómeno multifacético y se ha prestado a muchas y muy diversas interpretaciones (Cf. Rivero Rodríguez, 2001). Con todo, aquí me refiero al concepto de Pragmatismo que ha sido entendido en el discurso hoy en día.

complejidades del pensamiento causal. La modalidad dialéctica del estilo de pensamiento causal es un verdadero objeto volador no identificado.

Si buscamos el punto nodal que diferencia la política tradicional de la política del zapatismo, lo encontraremos en el hecho de que la búsqueda del poder en el EZLN queda inactivada. Cuando aquí hablamos de “poder”, nos referiremos (salvo mención expresa en contra), al poder político, al material y al ideológico, como inseparables. De este hecho se deriva el uso de poder/dominación/violencia prácticamente como sinónimos. Sus significados se traslapan. Mencionemos con todo que de suyo convendría distinguir también entre *poder de* y *poder sobre*. La acción posible es *poder de* y cabe manifestarse como amenaza, es decir, como una de las formas de poder real. Se ejerce incluso cuando no actúa físicamente. Dicho de otra manera, la simple posibilidad de actuar o de no actuar puede ser ya una *acción poderosa*.

Toda creencia religiosa está secretamente consolidada con el poder que da la creencia y la amenaza de perdición. Monarcas y clérigos son hermanos del alma. El Cristianismo –con su idea del infierno– ha ejercido el poder de la amenaza terrorífica. No es casualidad que en una entrevista temprana de 1994., el Subcomandante Marcos se haya pronunciado por la necesidad de liberarnos de la llamada “teología de la liberación”. De facto, dichas tempranas declaraciones de Marcos mermaron su fuerza insurreccional en el Estado de Chiapas. Sin embargo, Marcos respetó las teogonías indígenas, aprendió de ellas y no amarró la insurrección a las ataduras de ninguna visión religiosa o no religiosa (Cf. Páramo Ortega 2001).

La tesis implícita o explícita en *la otra*, y que aquí suscribo, es que una sociedad es viable, en último término, en la medida en que logre que el Poder –aquí hablo del Poder individual– sea cada vez más innecesario. La formulación utópica –en el buen sentido del término– sería: ¡erradicar el poder!

El ejercicio del poder, tiene efectos nocivos en cuanto parte de un *diferencial inadecuado de fuerzas* –cuantitativa y cualitativamente– entre personas, instituciones, grupos, naciones etc., es decir, un *sistema de organización social injusto, explotador*. A nivel personal, estamos frente a un diferencial entre capacidades reales (de las que emanan autoridad moral) y la acción arbitraria que impone su fuerza por cualquier medio. Cualquier configuración que no reduzca al mínimo ese diferencial entre el poderoso y el impotente, genera daño, dolor, desarreglo, injusticia. Cuando una situación dada inevitablemente requiere poder (como el poder de la madre con el hijo pequeño) no debe olvidar que –incluso en esos casos– tendencialmente debe procurar su propia desaparición. Dicho de otra manera, debe de estar bajo sospecha, pues generalmente quien busca el poder acaba perdiendo la autoridad moral. El poder daña en la medida en que no respete la realidad de básica igualdad entre los humanos, pero también en la medida en que no respete el entorno físico de la naturaleza de la que somos parte.

De pasada señalemos que la “igualdad básica de los seres humanos” no ha podido evitar sus propias mitificaciones y mistificaciones (por ejemplo evidenciada en la conocida sentencia “todos somos hijos de un Dios providente”). Tampoco ha podido evitar torpes negaciones de las diferencias reales que hay que respetar. Todos estamos bajo los efectos de lo que me gustaría llamar *macrosistemas ideológicos inconscientes*, como un aspecto del “Inconsciente cultural” (Erdheim). Desde mi punto de vista, la sed de poder es intrínsecamente peligrosa, literalmente perversa. La sed de Poder se acrecienta en sociedades estructuralmente viciadas (es decir autoritarias, despóticas, fuertemente jerarquizadas). En dichas sociedades, deficiencias del sentido de solidaridad, así como la escasa conciencia de servicio comunitario, son substituidas

por un ejercicio personal de quien tiene puestos administrativos montados en una estructura social capitalista.

El problema del poder, respectivamente del abuso del poder, institucionalizado o no, ideologizado o no, hoy en día, nos hace recordar a Freud (1929) cuando hacia el final de su texto sobre *El malestar en la civilización*, nos advierte “A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si –y hasta qué punto– el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. En este sentido, la época actual quizás merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales, que con su ayuda les sería fácil *exterminarse mutuamente* hasta el último hombre” (p. 506). El neoliberalismo es también una fuerza exterminadora, que, por cierto se revierte poco a poco contra el sistema mismo

Desde el punto de vista de la sociología del conocimiento –esta hija descuidada del marxismo–, el nuevo enfoque de *la otra campaña* del EZLN parece nutrirse de la óptica indígena. El Subcomandante Marcos captó bien la necesidad de impregnarse y aprender de las visiones del mundo de los habitantes de estas tierras. Estamos frente a un fenómeno del *retorno de lo reprimido* que ha pesar de la conquista española no quedó exterminado. Obviamente lo reprimido –en el doble sentido del término– es el mundo indígena. Un mundo indígena no intoxicado con el afán de la *maximalización de la ganancia* ni con la acumulación de la riqueza.

La dificultad de captar lo político social, más allá de lo coyuntural y lo pragmático, se deriva del hecho de que los acontecimientos históricos se dan dentro de lo que Ernst Bloch –en asombrosa coincidencia con Freud y con Marx– ha llamado *a-sincronicidad* (*Ungleichzeitigkeit*), es decir, diversos tiempos históricos co-existen, se sobreponen en una misma realidad presente. A su vez nuestra incidencia en el presente está preñada de futuro. Un futuro de calidad específica que deja ver, para el que sea capaz de verlo, algo de la complejidad y operatividad actual del pasado. Además de un pasado del cual no fuimos conscientes cuando ocurrió, cuando fue “presente” aunque ausente de la conciencia y por consiguiente con la imposibilidad de ser guía, luz, de nuestra praxis social. Bloch hablaba de las formas de operar de los acontecimientos “pasados” no elaborados, es decir, vivir sin Historia o padeciendo la Historia sin saberlo². Para Bloch –como para Freud–, las contradicciones subjetivas generadas por la *a-sincronicidad* producen sujetos perturbados por una realidad –que sin saberlo– recibe las sombras del pasado. Estos sujetos, a su vez, al convertirse en actores políticos, no tienen idea ni a quién obedecen, ni cómo se conducen o piensan realmente. Sabemos poco acerca de cual es su [nuestra] mentalidad y en qué corriente histórica se mueven, [nos movemos]. Simplemente reproducen [reproducimos] o acrecientan [acrecentamos] los desvíos. Todo esto redundando en una obstaculización de la construcción de un futuro armónico y racional. A partir de estas consideraciones, se entenderá más la necesidad del radical replanteamiento de la *otra forma de hacer política*. Se trata de un planteamiento que comprende mejor el substrato subjetivo (inconsciente e “individual”), como el substrato instituido social e históricamente. Así caracterizo yo –a nivel teórico– lo que sin citas ni referencias académicas permea la acción del EZLN.

La forma de hacer política, como la conocemos hasta ahora, tiene una larga y torcida trayectoria. Su veneno inicial es la búsqueda del poder, y los griegos intentaron darle el contraveneno de la compartición del poder, lo que ellos llamaron democracia, y que ahora ya

² Véase mi artículo “El Trauma que nos une” como una concreción de lo que Bloch llama “a-sincronicidad”.

apenas tiene conexión con aquella. Hoy en día, en México, el poder es impunidad, gobernar es ser dueño de la nación y desde luego la posibilidad de repartirla entre amigos, parientes y transnacionales que apoyaron el acceso al poder.

La *otra forma de hacer política*, después de su etapa inicial necesariamente guevarista³, se caracteriza por su praxis eminentemente comunitaria, en donde se trata de *mandar obedeciendo*. Le es substancial la alta valoración de las diferencias “en la perspectiva de una interculturalidad formulada como *un mundo en que caben todos los mundos*” Aubry (2005, p. 189). Inicialmente “sólo” reivindicadora de los derechos indígenas, pasa a ser rebelión permanente contra el neoliberalismo y por encima de nacionalismos estrechos (ya no digamos por encima de partidos políticos). El mismo autor destaca cómo la *otra*, en su forma de manejar el veredicto final del juicio al gobernador Absalón Castellanos, “rompe con la política del crimen practicado por el siglo (...) los indígenas de Chiapas (...) obsequian al asesino déspota que avergonzó a Chiapas, la posibilidad de rescatar su humanidad” (p. 191). En su forma de operar en lo cotidiano y concreto, *la otra* es descrita por Sandoval (2006) como regida por tres verbos: *escuchar, acompañar, enlazar*.

Pasemos al problema del porqué la revolución o las revoluciones fácilmente se devoran a sus propios hijos. Es decir cómo las hacen fracasar después de haber derrocado a los poderosos. Esto lo expresa muy bien el psicoanalista Paul Parin (1991) en los siguientes términos: “creemos haber destruido [mediante el movimiento revolucionario] lo que en realidad no ha sido destruido. Las viejas y reprobables necesidades inconscientes insatisfechas, reaparecen para apoderarse de nosotros. Frecuentemente llega a dominarnos la misma situación que nosotros mismos hemos fabricado sin saberlo y que va en dirección opuesta a la búsqueda intencionalmente” por el movimiento revolucionario. Parin señala que nos quejamos del poder despótico que nosotros mismos hemos permitido/construido/tolerado, sin localizar los dispositivos subjetivos introyectados. No se da, pues, la famosa e intraducible y *Aufhebung* (superación dialéctica). Después de suprimir a lo detentadores del poder, repetimos ciegamente sus mismos procedimientos. Las estructuras de poder, llamémosle poder “externo”, deben ser desde luego eliminadas, pero esto seguiría siendo una tarea incompleta, en ocasiones incluso inútil, mientras no alcancemos medianamente abordar adecuadamente el problema del llamado *factor subjetivo*, o dicho en términos más amplios, la dialéctica sujeto/objeto. ¿No es acaso el ser humano el sujeto más Objeto imaginable? ¿O el Objeto que al mismo tiempo más Sujeto es?

Las coartadas de la ley

En mi opinión en el zapatismo –y en esto aparece una diferencia radical– no hay el menor lugar para confundir la ley con la justicia. La forma tradicional de hacer política ha abusado de esta confusión hasta el infinito.

Los desvaríos de la democracia consisten en querer convertirla en fin en sí mismo, en auténtico fetiche, en mercancía para dejar bien parado al poderoso. Olvidamos con ello que el legado europeo de la democracia, desde la democracia ateniense, fue *resultado* de las exigencias de los derechos del pueblo. Fue, pues, un medio para exigir la justicia, no un fin en sí mismo. Se pervierte la democracia cuando se usa como fuente de prestigio: *lo dice el pueblo, lo quiere el pueblo*. La democracia perdió el rumbo original (ver Lewis 2005).

³ Así la designó Aubry (2005).

El estilo de pensamiento dialéctico en el EZLN

La ausencia de pensamiento dialéctico no sólo es regla general de nefastas consecuencias, sino que en la América entera nunca echó raíces en el pensamiento de los filósofos, ya no digamos de los políticos de estas tierras conquistadas. La historia misma de la dialéctica ha sufrido el golpe de largos caminos de desprestigio y de confusión. Primero se adueñó de ella un oscuro e intraducible filósofo alemán llamado Hegel. Con todo, sobrevivió a los malabarismos del pensador alemán y fue ‘rescatada’ por tantos otros pensadores, como desde luego Friedrich Engels y Karl Marx, entre tantos otros que se servían de todo del mismo instrumental idiomático de su iniciador Hegel.

Posteriormente, la catástrofe política del estalinismo, que no del marxismo, tuvo serias consecuencias de desprestigio a todo lo que sonara a marxismo. Y el pensamiento dialéctico es, desde luego, marxismo. Pero no me interesan aquí –y con ello aprendo del EZLN– inútiles academicismos pretenciosos. El EZLN, entre otras cosas, nos ha enseñado que hay que emprender su propio camino.

El estilo de pensamiento dialéctico que encontramos en los escritos del EZLN da muestras de que la dialéctica, si bien favorecida predominantemente por la estructura del idioma alemán, no quedó amarrada a esa lengua. Sabemos aún muy poco por qué vías extrañas llegó a un movimiento social, rebelde como el del EZLN. Con todo, adelantándonos un poco, nuestra hipótesis más general sería que la praxis, que es dialéctica viva en sí misma, obliga a pensar incorporando los contrarios⁴. En alguna entrevista a Marcos, cuando se le preguntó sobre su identidad, dijo, soy “un negro en Sudáfrica, un asiático en Europa, un anarquista en España, un palestino en Israel, un indio en San Cristóbal de las Casas, un judío en Alemania”. En esta misma entrevista, cuando le preguntaron por su edad, dijo “518 años”, indicando con esto que se identifica con la rebelión indígena a partir de la represión sufrida por lo habitantes del hoy continente americano.

Más que algunas formas claras de desobediencia civil, el zapatismo practica un cuestionamiento radical al sistema social imperante. Siguiendo la línea de evitar todo academicismo, evita en ocasiones decir que parafrasea a Marx o que casi cita a Thoreau cuando este último dijo: “El mejor gobierno es el que gobierna menos”⁵. O en el espíritu de *la otra*: no se trata del poder político. No se trata de conquistar al mundo, bastaría con construirlo de otra manera.

La forma tradicional de hacer política está descrita por Maquiavelo en *El Príncipe* (1512), que puede interpretarse como un cántico al cinismo y a la ausencia de escrúpulos en la conducción de los actos públicos: el arte de la seducción política. En el caso de Maquiavelo, como propósito único viable para buscar la unidad nacional y justificar a los Medici (Cf. Theimehr, 1955). Maquiavelo muestra su afán patriótico por un lado, y su oportunismo por el otro. Para Maquiavelo, el príncipe, el presidente para el estilo actual del gobernar, debe de tener continuamente en su discurso la religión, la humanidad, “los valores humanos”, pero él sabe que esto es sólo la carnada. Su meta está en la política neoliberal, la globalización, la expansión de

⁴ Es ya secundario el hecho aparente de que los comandantes del EZLN, en forma tal vez intencional, eviten y con razón, hacer referencia a la palabra dialéctica.

⁵ Este no gobernar nada no tiene que ver con la deficiencia en el manejo del gobierno tradicional, sino con un radical cuestionamiento a la forma de hacer política.

las transnacionales, en suma, el Plan Puebla-Panamá. Para Fox como para el Príncipe de Maquiavelo, en la política sólo cuenta el éxito que justifica, desde luego, cualquier medio.

Si empezamos a indagar las raíces prehispánicas de las que se nutre el zapatismo (Cf. Lenkerdorf 1999), encontramos, por lo pronto, que al no negar la muerte como lo hace la civilización industrial, tiene mayor acceso a lo que significa el fluir del tiempo, lo perecedero, la transmisión y la responsabilidad en la construcción del futuro que nunca se disfrutará en lo individual. Y recordemos aquí lo profundamente individualistas que somos.

La otra política y la Literatura

El EZLN y su otra forma de hacer política, hace *otro* uso del lenguaje. La política tradicional, en el maridaje que hace con la publicidad, degrada el lenguaje. La mentira se convierte en un arte de guerra en donde todo está permitido y en donde el lenguaje –después de ellos, queda dañado. Para *la otra forma de hacer política*, el lenguaje es rehabilitado a su función original: expresar las nuevas formas de ver el mundo y ponerlas al servicio de su transformación. La *otra* forma literaria no es *hobby* romántico, ni “medio para”, sino intrínseca valoración del espíritu que se sirve de la palabra, no meramente para embellecerla, sino como expresión de una forma de ver el mundo para transformarlo. Esto nos lo enseñó Wilhelm von Humboldt, Karl Marx y Friedrich Engels, pero esto no tiene para qué ser señalado en el EZLN. La *otra campaña* no le hace el juego a un academicismo que perdió el rumbo, no tiene por qué seguir sus caminos. Veamos en palabras del Subcomandante Marcos: “producir teoría desde un movimiento social y político no es lo mismo que hacerlo desde la academia. Y no digo *academia* en sentido de asepsia u *objetividad* científica (inexistente), sino sólo para señalar de un espacio de reflexión y producción *fuera*. Y *fuera* no quiere decir que no haya *simpatías* y *antipatías*, sino que esa producción intelectual, no se da desde el movimiento sino sobre él” Líneas después precisa que la autoglorificada academia pierde el rumbo, cuando desde su escritorio pretenden que el movimiento social les “obedezca” (Subcomandante Marcos, 2003, p. 4).

Hobbes (1651) parte de la idea de que las convenciones sociales sostenidas por la espada son indispensables para la supervivencia de la comunidad porque los hombres –arguye Hobbes– no siempre están dispuestos a obedecer. Hobbes no cuestiona la espada ni la obediencia. Para él es lo natural. Las diversas fuerzas e intereses en un solo hombre y en una sola asamblea son la meta: se trata de la concentración absoluta del poder en la institución del Estado. Aquí, en la *otra* forma de hacer política, no hay ningún dios invitado, ni siquiera los dioses mayas. Hay obviamente un vuelco de 180 grados. La impotencia real del hombre ante las fuerzas de la naturaleza y hacia la propia irracionalidad nutre su deseo de poder. Todo afán de poder es en último término sucedáneo de la impotencia ante la propia muerte. Matando a otro (máxima expresión de poder) nos hacemos la ilusión de dominar el paso de la vida a la muerte y, mediante la supuesta resurrección, retrotraer la muerte hacia la vida. No es casualidad que en Occidente se pretende fundar el poder en el rey y en el rey de reyes: dios mismo.

La cosmogonía que está detrás de los pueblos indígenas de la zona del sureste de México, habla de una comunidad cósmica (Lenkerdorf, 1999). El cosmos es indiviso. En esta cosmovisión maya, no hay un más allá separado radicalmente del más acá. La morada de los muertos tampoco está apartada de manera radical del cosmos en su totalidad. Dentro de esta comunidad cósmica, todos somos sujetos y, como tales, corresponsables de los demás sujetos. Para ellos no hay división entre lo sagrado y lo profano.

Las supersticiones de la democracia

El pensador latinoamericano Carlos Arturo Torres (1910) nos habla de las supersticiones políticas, estrictamente sobre las supersticiones de la democracia. Ahí nos menciona cómo “el fantasma de una verdad que se extinguió [se ha] convertido ya en un error dañoso por lo inoportuno o excesivo del culto que se le consagra (...) constituye una peligrosa ilusión de óptica moral. La democracia se convierte en fin en sí mismo. Se busca conseguir la mayoría por cualquier vía. La mayoría participativa se convierte en masa, como instrumento legitimador de cualquier abuso del poder. En la historia de las ideas políticas la democracia es un concepto que goza de un prestigio desorbitado por sus orígenes griegos. La participación directa de los ciudadanos en la toma de decisiones colectivas, que debería de ser la médula de la democracia, ha desaparecido prácticamente. Los partidos políticos, que deberían de ser en todo caso sus mediadores, se han pervertido”. La *otra* forma de hacer política deja radicalmente de lado esta falsa concepción de democracia para implantar en pequeño la construcción solidaria y horizontal de las tareas de la comunidad.

Distingamos, pues, entre democracia directa y democracia representativa. El pecado capital de la democracia parece consistir en convertir el consenso en valor sagrado, se deja de lado el *contenido* de ese consenso. Si se cuenta con una mayoría y entre más grande ésta mejor, cualquier crimen está justificado. Recordemos una vez más que el nacionalsocialismo tuvo connotaciones democráticas de consenso general en la población. Una y otra vez parece decirse que el consenso es el justificador por excelencia. Todo Estado nacional lucha por adjetivarse como democrático, y de esta manera pretende ponerse a tono con la modernidad. Es la institución del Estado lo que permite establecer los derechos y prerrogativas que garantizan su propia sobrevivencia. No es, pues, casualidad que los Estados Unidos en la época neoliberal pongan tanto énfasis en la necesidad del establecimiento de Estados democráticos, entendiendo por ello a los Estados que tengan suficiente estabilidad interna que les permita ser unitariamente sumisos a los poderes transnacionales orquestados desde Wall Street. Para esto es democrático todo aquel país que acate y se someta calladamente a los proyectos transnacionales sin réplica alguna. Cualquier movimiento social que disienta de la expansión neoliberal solícitamente es señalado como un peligro de dictadura particularmente y a pesar del fin de la Guerra Fría.

En todos los documentos relacionados (derivados) del EZLN, hay respeto silencioso a la cosmogonía maya o tojolobal. La tarea de oposición al Capitalismo no se ha amarrado a una visión atea del mundo. Los viejos dioses mayas no han sido tocados ni anexionados a la cosmovisión revolucionaria de los asuntos del “más acá” sin “más allá alguno”. No se ha caído en “anexionismos ideológicos” (Páramo 2001. Cf. También Lenkersdorf 1999).

En un texto clave del zapatismo, el Subcomandante Marcos (2003) señala cómo la tal democracia, como concepto y estilo en boga que se pretende vendernos, no es otra cosa sino la implantación de una “ley y orden” en “donde el dinero encuentre mejores condiciones de crecimiento”. Acorde y paralelamente a esto, la clase política “democrática” busca el poder para desde ahí acrecentar simplemente su riqueza.

El espíritu del capitalismo se encarna en la siguiente observación de Marx (1857-1858): “Y como el ciervo por agua fresca, su alma brama ahora por dinero, la única riqueza”. Los efectos culturales del Capitalismo convierten a la búsqueda de dinero, en la adicción primigenia (Páramo, 1991). El narcotráfico se convierte en la vía más rápida para obtener *la maximalización*

de la ganancia en el menor tiempo posible. La única otra vía que le puede hacer competencia es adquirir el poder político, pero ambos celebran nupcias en una “democracia” que recibe del capitalismo estadounidense y de sus redes transnacionales su “certificación” como “nación democrática” encargada de pavimentar la expansión capitalista. En todo esto, *la otra forma de hacer política* no ha dejado duda al respecto: más allá (aunque entreverada con la reivindicación de los pueblos indígenas) está la lucha anticapitalista. Entre otras cosas –como propone John Holloway (2004)– se trata de trabajar en la construcción de nuestras propias formas de relaciones sociales, fuera de las relaciones sociales capitalistas, por cierto también a la manera que ha venido haciéndolo *la otra*.

Nadie ha planteado tan radicalmente una reestructuración de la sociedad como *la otra campaña*.

Referencias

- Aubry, A. (2005). Chiapas a contrapelo – Una agenda de trabajo para su historia en perspectiva sistemática. México: Centro Wallerstein.
- Freud, S. (1929). *Das Unbehagen in der Kultur*. En: *Gesammelte Werke XIV*. Frankfurt: Fischer Verlag, 1967.
- Holloway, J. (2002) Como cambiar el Mundo sin tomar el Poder – el significado de la Revolución hoy. Buenos Aires: Herramienta.
- Lenkerdorf, C. (1999). *Los hombres verdaderos –voces y testimonios tojolobales*. México: Siglo XXI.
- Lewis, L. (2005). *Historia de la Tortura*. México: Diana.
- Páramo Ortega, R. (1991). Dinero y Adicción. En: *Cuadernos Psicoanalíticos* 10.
- Páramo Ortega, R. (2001) Anexionismo ideológico –con algunas referencias en relación a la llamada “teología india”. *Memoria, Revista mensual de política y cultura* 144, 37–43.
- Marx, K. (1857-1858). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador)*. Tomo I. México: Siglo XXI, 1971.
- Parin, P. (1991). *Ethnopsicoanalyse, 2. Herrschaft, Anpassung, Widerstand*. Frankfurt: Brandes & Apel.
- Sandoval, Rafael (2006) Escuchar, Acompañar, enlazar para construir lo colectivo. *Revista Bajo el Volcán* . Año 6, Nr. 10 ; 141-148
- Subcomandante Marcos (2003). El Mundo: siete pensamientos. *Rebeldía* 7, 5.
- Theimehr, W. (1955). *Geschichte der politischen Ideen*. Berna: Francke.
- Torres, C. A. (1910) *Idola Fori –Ensayo sobre las supersticiones políticas*. En: *Antología del pensamiento de la lengua española en la Edad Contemporánea. Tomo II* (pp. 890-930). México: Universidad Autónoma de Sinaloa, 1982.

Apéndice

Palabras pronunciadas por Raúl Páramo Ortega en ocasión de la visita del Subcomandante Marcos a la Universidad de Guadalajara. Edificio Salvador Allende, 21 de Marzo 2006.

Subcomandante Insurgente Marcos, compañeras y compañeros:

Si usted está aquí, no es precisamente porque tenga mucho que aprender de nosotros. Más bien quiero aprovechar la oportunidad para reflexionar frente a todos ustedes, qué es lo que nosotros los intelectuales necesitamos aprender de *La Otra Campaña*, de la *Sexta Declaración* y en general del EZLN.

El grave deterioro moral, social y económico de la nación mexicana requiere también, de los intelectuales, el dejar de serlo, sobre todo si se entiende por intelectual lo que la mayoría de las veces demostramos realmente ser con nuestra conducta: arrogancia, intolerancia y pretensiones de ser los dueños del Saber.

Necesitamos aprender a escuchar como lo hace ahora el *Delegado Zero*. El giro necesario “desde abajo y desde la izquierda” significa entre otras cosas, dejar de ser intelectuales orgánicos. Esto implica no dejarse atrapar por las redes de la ‘gloriosa’ y más bien no gloriosa academia. Una academia interesada en el acomodo oportunista, en el ascenso social y en las mezquinas luchas inter e intra-gremiales.

Nuestra posición de clase nos daña si la ignoramos. Es indispensable incorporarla dialécticamente para que no enturbie nuestra reflexión crítica. Es necesario aportar nuestros conocimientos –labrados en el diálogo– para poder diagnosticar aunque sea medianamente los problemas que nos aquejan a todos los mexicanos. Tenemos que aprender que las transformaciones a realizar tienen que ser también de dentro hacia fuera, no sólo de fuera hacia dentro, *en* nosotros y no *en* los otros.

Recordemos que la más peligrosa enfermedad infantil de la izquierda mexicana estriba en la búsqueda del *prestigio revolucionario* y no de la Revolución misma. La transformación de las mentalidades es una ardua y larga tarea que, por cierto, debe empezar en nosotros mismos. Los cambios revolucionarios requieren en forma indispensable cambio en las mentalidades.

La distribución del saber o del supuesto saber, debe romper el cerco de las universidades. Además hasta ahora la educación –en el sentido más amplio y profundo posible– está más en manos de los consorcios televisivos que en las manos de la Secretaría de Educación Pública. Por otro lado, la alfabetización debe aplicarse también a los gobernantes: es una tarea urgente de la que nadie habla. El concepto mismo de “gobernantes” debe sufrir una transformación de 180 grados. No se trata de reproducir el esquema de dominados y dominantes. Resulta muy malo para México acostumbrarnos a ser gobernados por analfabetas funcionales. La peor forma de ignorancia es ignorar que uno es ignorante. Ampliar la consciencia de nuestra ignorancia es tarea de todos. No es el

analfabetismo en el sentido estricto el mal más grave, sino el mucho más extendido del *Analfabetismo funcional* que lo disimula.

Permítanme una arenga final. ¡Trabajadores intelectuales del mundo uníos! ¡No recibáis jamás premios del sistema capitalista! ¡Reconozcamos sus trampas! ¡No a los megaproyectos del museo Guggenheim! ¡No a los proyectos de elefantes blancos de la magna Biblioteca en el Distrito Federal!